

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquete de 30 ejemplares . . . 4'00 pta.  
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »  
 » » Extranjero » . . . 1'50 »

## El caso Lerroux

Lerroux ha sido en el Parlamento repudiado por el jefe de la minoría republicana y su coligado el socialista Pablo Iglesias.

Y repudiado por considerarse deshonesto la gestión de los concejales lerrouxistas en el Ayuntamiento de Barcelona.

¿Aires de moralidad han entrado en la casa de las leyes, en el centro de todos los privilegios, negocios y contrataciones?

Cualquiera creerlo así, al ver la desautorización de Azcárate e Iglesias, hecha precisamente respecto de un republicano, de un miembro de la conjunción republicano-socialista, que por ser jefe de una agrupación política numerosa, parecía tener derecho a merecer mayor consideración de sus afines y con él coligados.

Porque no es un hombre el repudiado, sino un partido que dentro del republicanismo es una fuerza.

Y sin embargo no se trata aquí de moralización.

Todos en el Parlamento son unos. Todos los grandes proyectos públicos encierran negocios no muy honestos. Así es la política burguesa, y así tiene que ser en este régimen social cuya característica única es el negocio.

Del debate han quedado por igual la administración actual de la ciudad de Barcelona y las anteriores. Todas malas, pésimas, deshonestas. Igualmente han sido citados grandes negocios de la administración nacional, sin que en defensa de la moral de los gobernantes haya salido nadie. No hacía falta a ninguno habrían convenido unas explicaciones que eran ya inofensivas porque se trataba de hechos consumados, lo mismo precisamente que ha ocurrido con las censuras a las administraciones municipales de Barcelona anteriores a la actual, que han quedado por los suelos sin sonrojo de nadie, porque también se trataba de lo pasado, de la irremediable.

No; no se ha tratado de ejemplarizar, porque todo el mundo sabe que eso es inútil, y que el Parlamento no es la casa de la Moral, sino la de la Política.

Allí se ataca con razón ó sin ella al adversario y se defiende al amigo político aunque su causa sea indefendible.

Lo ocurrido es una de tantas tramoyas políticas cuyas causas permanecen ocultas y de las que sólo es dable ver el efecto.

Lerroux ha querido abarcar demasiado; ha pretendido extender su influencia a otras provincias de España y ganar adeptos al partido radical. Porque Lerroux es así, absorbente. Y si en el Congreso ha venido figurando en la minoría republicano-socialista, en la calle ha seguido siendo radical, sin importársele un ardite de los republicanos, ni mucho menos—y naturalmente—de los socialistas.

Trabajaba para sí, y en cuanto han hallado ocasión le han cortado las alas sus compañeros de minoría.

Lerroux, con el golpe que se le ha dado en el Congreso, verá reducida esa su esfera de acción, que empezaba a ampliarse, a Barcelona.

Y aun aquí mermará algo el número de sus adeptos, por cuanto que los políticos necesitan para ejercer influencia, no precisamente ser honestos, sino parecerlo. Y Lerroux y los suyos han quedado muy al desnudo en el negocio de las aguas y han tenido el poco tacto de recargar toda clase de impuestos, concibiendo la animadversión de Barcelona entera.

Desde luego que, aun desprestigiado, seguirá contando con un fuerte núcleo de partidarios, porque el jefe de los radicales representa en Barcelona la tendencia patriótica de los españoles que en ella habitan, frente al sentimiento patriótico catalán de los hijos de Cataluña. Son dos odios latentes que aquí chocan so pretexto de amores a España y Cataluña. Que eso es el patriotismo y no otra cosa, desgraciadamente.

La convivencia de provincianos y catalanes ha creado aquí una animadversión mutua, que sirve tan sólo para que la explotación ventajosamente unos cuantos vivos del españolismo y catalanismo, esos vivos que han quedado en el debate del Congreso—todos por igual—como los tahures sorprendidos infraganti en sus fulleras en el juego.

Ahí tiene el pueblo, el buen pueblo que trabaja y vota, cómo lo mismo los hombres que escalan los puestos públicos mediante los amagos de los gobiernos, que los que suben empujados por la voluntad popular, procuran ante todo hacer su agosto, sin preocuparse lo más mínimo del bienestar de

sus representados—representados de verdad ó de pura farsa—aunque sea ese bienestar el que invocan en sus trapacerías.

¿Para qué votar, entonces? ¿Para qué encumbrar voluntariamente pillos?

Si de todos modos lo mismo exaccian los políticos de la patria catalana que los de la patria española y los elegidos por el amago gubernamental que los votados en verdadera elección, está demás el voto.

Al fin y al cabo, no votando, no queda en el ánimo el escozor de haber elegido uno la cuerda con que han de estrangularle.

Mientras en Barcelona el pueblo esté dividido en españolistas y catalanistas, no es posible acabar los Lerroux y los negocios sucios. Y en tanto unos y otros estén distraídos con sus pujos patrioterros, la explotación de los capitalistas irá en aumento y no habrá manera de contrarrestarla.

Hay que abandonar las banderías localistas y el partidismo politiquero. Hay que convencerse de que todos son unos y que forzosa é inevitablemente tienen que ser así porque ello es inherente al régimen social presente, y hay que preocuparse del propio interés personal y de la libertad individual, engrosando las sociedades obreras y las filas anarquistas.

A interesarse cada uno en su propia obra, tocan.

## Quién lo habla de pensar ó la sorpresa de un sabio

Tras grandes—y añadamos merecidos—elogios a la reciente conferencia de Maeztu en el Ateneo de Madrid, difundida por la prensa, y ante el anuncio de que este aprovechado joven, después de haber aprendido lo que sabe en Inglaterra, va á emplear diez años en nuevos estudios en Alemania, un redactor ó colaborador del *Heraldo de Madrid* le mete prisa; en los siguientes términos:

«Al proletariado, inducido al crimen social por los radicales bulliciosos, y á la mansedumbre por los jesuitas que acaparan fábricas y talleres, evangelizando un socialismo oportunista, le urge una solución y no puede aguardarla durante diez años.»

Quien eso ha escrito no sólo desconoce hechos que se verifican á la vista de todo el mundo, sino que ni siquiera se fija bien en lo que dice el mismo á quien elogia.

Ha dicho Maeztu, sin que su apologista se entere de ello:

«Desde julio del año pasado (1909) sabemos que la revolución española ha empezado á operar con independencia de nuestras clases intelectuales ó pseudo intelectuales.»

¿Y antes no?

De modo que Maeztu, con todo y ser tan estudioso, y aun después de haber hablado en distintas ocasiones de asuntos obreros, resulta que desconocía que la revolución española parte de la iniciación del proletariado español en el movimiento obrero de La Internacional, y, por lo visto, no tenía noción ni recuerdo de la Federación Regional, de la Unión General, de los Congresos obreros españoles, de la prensa obrera, de las grandes persecuciones, de las innumerables huelgas parciales, de los conatos de huelga general, ni de que Pablo Iglesias, en nombre del partido obrero que acaudilla, lanzó solemne amenaza en aquella famosa información acerca del proyecto maurista contra el terrorismo, porque sólo á quien desconozca tales antecedentes puede cogérle de sorpresa que la revolución española obre con tal independencia.

Y si eso ignoraba Maeztu, no es extraño que lo ignore el redactor del *Heraldo*, ni que hable de la urgencia de una solución, ni que exagere la acción radical y la jesuitarra, tan perversas de intención como fracasadas en sus efectos sociales.

Y lo peor para Maeztu, para su panegirista y para los intelectuales en general es que esa independencia continúa, y aumenta incesantemente, á medida que el proletariado va persuadiéndose de que su emancipación ha de ser su propia obra.

Los hijos del privilegio, los que exceptuándose del salario compran sabiduría averiada en la Universidad, estudian la producción, la distribución y el uso ó consumo del producto á la manera de los antiguos economistas, y siguen creyendo que la burguesía domina en todo, y que así como tienen monopolizado el patrimonio universal, han de monopolizar también el porvenir.

¡Qué sorpresas les esperan! Vayan recogiendo datos, formen estadísticas, interpre-

tenlas con el criterio de sus preocupaciones, sigan inspirándose en el absurdo legal que «presume que todas las obras, siembras y plantaciones son hechas por el propietario», y verán un día cómo los frutos naturales, los frutos industriales y los frutos civiles que disfruta el propietario, y con ellos el salario que oprime y esclaviza al trabajador, son arrasados por la ola revolucionaria, promovida á consecuencia de algún incidente insignificante, que, cual menuda gota de agua, haga desbordar el colmo de los sufrimientos proletarios.

Al que lo dude, hay que presentarle la sorpresa manifestada por Maeztu en su conferencia, que queda consignada al principio de este escrito.

Pocos burgueses españoles hay capaces de rayar más y tan alto como Maeztu ha rayado en su conferencia, y, no obstante, Maeztu hubo de modificar en fin de julio de 1909 lo que pensaba al principio de aquel mes acerca de la iniciativa revolucionaria.

Vanidad, soberbia, espíritu de clase, embriaguez de superioridad, cada una de esas cosas ó todas juntas pueden sostener en ficción elevación á la burguesía intelectual, sin ver, como he dicho en otra ocasión, que miles y miles de trabajadores pobres de distintos países, acabadas las diez horas de fatiga, estenuados, prescindiendo de la taberna y del alcohol, dedican á instruirse las primeras horas de la noche, y se quitan el pan de la boca para sostener el periódico que les protege, y dedican los restos de fuerza y de actividad á la propaganda de sus ideales; sin tener en cuenta que congresos obreros universales han votado la comunidad de la tierra, de los medios de producir y de la distribución de los productos; ni que se está en camino de un acuerdo internacional en que con una palabra dirigida desde París á Sidney, desde Berlín á Nueva York, ó desde Buenos Aires á Barcelona ó Génova, se paralice el trabajo en todo el mundo para continuar la obra que dejó pendiente la Revolución francesa.

Busquen los intelectuales burgueses el Meco á quien culpar de lo que pasa; disputen sobre si son galgos ó si son podencos los revolucionarios que ponen en jaque al privilegio; ingéniense la autoridad buscando triquiñuelas policíacas que oponer al avance emancipador del proletariado, y tengamos por seguro que cuando se hayan puesto en práctica las grandes enseñanzas que Kropotkin consignó en su gran obra *La Conquista del Pan* no faltará algún Maeztu, quizá Maeztu mismo después de haber estudiado diez años en Alemania, que diga: «¡Quién lo había de pensar!»

ANSELMO LORENZO

## 1911.—Salud!

¿Por qué el niño 1911 empuja al anciano 1910 hacia los insondables abismos del pasado? ¿Por qué tan rápidamente nos inclinamos sobre el precipicio de nuestro ocaso?

El progreso, eterno transmudador de los valores sociales, en sus ansias de renovación continua, de purificación y esterilización de la materia, nos determina á marchar vertiginosamente, á pesar nuestro, en pos de la meta de nuestra vida actual.

El niño, que con fuerzas de atleta se propone achatar los viejos valores de la *metamorfosis*, se asemeja á un cuadrante meridiano, que minuto tras minuto nos va indicando las fronteras del avenir.

Sin preocuparse de si son ó no ancianos, pasa el niño 1911 sobre sus predecesores, como pasa el aquilón sobre las más altas crestas ó frondosos llanos, sin importarle los lamentos de los devastados seres que tras su paso quedan llorando sus desdichas; él sólo persigue marchar, sin preocuparse de los que quedan, recorriendo la trayectoria que le tiene señalada la ineludible ley de Natura.

¡Salud, pues, 1911!

Esto, sin embargo, no es un año nuevo, ya que los individuos gimen aún bajo el secular brazo de la tiranía. Este no es más que otro 1910 adornado con todas las viejas horcas caudinas de los años anteriores, que nos legaron nuestros bisabuelos...

Este no es más que un nuevo toque de esclavitud hecho ley, que una parte, la más pequeña, pero la más astuta, impone á la otra fracción, más grande por su número, pero impotente por su ignorancia, base de toda creencia y mansedumbre.

Mientras los años se sucedan sin que un grito de: ¡detengamos el tren de la reacción! repercuta en los cerebros de las masas populares, no habremos hecho más que cambiar la hoja 1910 por la 1911.

Instrucción y perseverancia hacen falta para llegar á aquel 1900. ¿quién sabe cuántos, sin mazmorras ni salarios; sin leyes ni patibulos; sin morales ni alcohol; sólo con hombres que trabajan, se perfeccionan para vivir la vida libre, la vida donde los zánganos torturadores no existen.

Ese sí será año de libertad, era de fraternidad, y sólo entonces estaremos en el país de la Igualdad.

¡Ese será año nuevo!

¡Los otros no!

M. D. RODRÍGUEZ

Galúa (Panamá)

## Crimen monstruoso

Es el que pretenden cometer y que cometerán si la voz de los hombres de corazón no llega á los oídos de las autoridades de Tokio.

Otros y yo nos hemos ocupado del asunto en estas columnas, pero hay que insistir, y hay que obrar si es necesario, y se obrará para impedir que el crimen se cometa ó para ejercer la justicia si llegase á cometerse.

Denjiro Kotoku, su compañera Kano y veinticuatro compañeros más han sido condenados á muerte por un tribunal especial y en secreto. Los debates, si debates han existido, se han hecho á puertas cerradas, lo que prueba que se temía la luz y que se escondían para condenar, no un delito, sino á los hombres de ideas que sembraban la buena simiente en el virgen solar amarillo de Extremo Oriente.

Este es el caso y el delito: pretender asensinar las ideas modernas en el pueblo.

Todo inútil. Al venir el Japón á la vida moderna del industrialismo, trajo entre los engranajes de su explotación la semilla revolucionaria. Pueden fraguar complots, condenar en el misterio, asesinar á mansalva, la ley es fatal. La tiranía, en cualquier sentido que se la admita, trae por consecuencia la rebeldía.

El doctor Kotoku es el Ferrer nipón, y claro está que hombres así son peligrosos para los parásitos, y como ellos mandan, lo lógico, aunque sea bárbaro y criminal, es que el fuerte quite al débil que le estorba.

El consejero de la embajada japonesa en París, señor Adatci, ha dicho entre otras cosas:

«El principal acusado, Kotoku, nació en 1878; ha pasado tres años en San Francisco, de 1905 á 1908. Es allí donde ha aprendido varios idiomas, especialmente el ruso.»

Estos estudios le han llevado á traducir á su lengua maternal varias obras rusas, particularmente del célebre revolucionario Kropotkin. Es allí donde ha hecho, desgraciadamente, conocimiento de anarquistas internacionales, cuyos ejemplos han pervertido su sentido moral. En 1908, Kotoku volvió al Japón persuadido que su deber es de derribar por la fuerza las instituciones de su país y le vino la idea de intentar una agresión contra el Mikado. Nuestro emperador Mutsuhito, el 153 soberano de la dinastía, está rodeado en el Japón de una adoración sin límites. Su labor incansante por el esplendor del imperio, su sentimiento del deber y su compasión infinita hacia los humildes, justifican ampliamente el culto nacional. Kotoku no ha titubeado en preparar contra el soberano un sacrilego atentado (1). En una provincia retirada reúne veinticinco cómplices pertenecientes á las clases bajas. Se cuentan dos curas, tres jardineros, mecánicos, agricultores, varias personas sin profesión y una mujer de veintidós años, la señorita Soungano. Estos conspiradores habían reunido cantidades considerables de dinamita para lanzar una bomba al mikado. (Lector, fíjate bien: cantidades considerables de dinamita para lanzar una bomba.) Fueron descubiertos y arrestados.

Los procesos de ese género son sometidos al Tribunal de Casación de Tokio. Después de una instrucción minuciosa, en la que tomaron parte siete jueces de instrucción, una ordenanza fué dada el 9 de noviembre, que envía á Kotoku y sus cómplices delante de la jurisdicción suprema del Tribunal de Casación. El proceso ha empezado el viernes (9) último. Es en esta fecha que el Tribunal de Casación se ha declarado dispuesto á juzgar el caso. Los debates, dado el número de acusados y de abogados pueden durar unas dos semanas.

Nuestro código, de otra parte, no es inhumano. Los acusados por su tentativa de agresión contra la vida de un personaje imperial, no incurrirán más que en trabajos for-

(1) Luis XVI cuando le cortaron la cabeza, también fué un sacrilegio, pero cortada le quedó.—N. de V. G.